



NOTAS ANTROPO LÓGICAS SOBRE

"ALBOROTO Y MOTÍN EN MÉXICO DEL 8 DE JUNIO DE 1692"

DE CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

RELACIONES 76, OTOÑO 1998, VOL. XIX

José Eduardo Zárate Hernández

EL COLEGIO DE MICHOACÁN



"SEÑOR TUMULTO"

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, coleccionista de códices y antigüedades, matemático, historiador, poeta y cosmógrafo, entre otras cosas, es el autor de una de las más interesantes narraciones de la rebelión de indios efectuada en la ciudad de México en el año de 1692. Se trata de una larga carta dirigida al almirante don Andrés de Pez, para darle cuenta del tumulto recién acaecido en la ciudad de México. En su parte central nos dice don Carlos:

A nada, de cuanto he dicho que pasó esta tarde, me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros y, aunque yo había oído en la calle parte del ruido, siendo ordinario los que por las continuas borracheras de los indios nos enfadan siempre, ni aun se me ofreció abrir las vidrieras de la ventana de mi estudio para ver lo que era, hasta que, entrando un criado casi ahogando, se me dijo a grandes voces: "¡Señor tumulto!" Abrí las ventanas a toda prisa y, viendo que corría hacia la plaza infinita gente, a medio vestir y casi corriendo, entre los que iban gritando: "¡Muera el virrey y el corregidor, que tienen atravesado el maíz y nos matan de hambre!", me fui a ella. Llegué en un instante a la esquina de Providencia y, sin atreverme a pasar adelante me quedé atónito. Era tan extremo tanta la gente, no sólo de indios sino de todas las castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la tempestad de piedras que llovía sobre el Palacio, que excedía el ruido que hacían en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocasen juntas; de los que no tiraban, que no eran pocos, unos tremolaban sus mantas como banderas y otros arrojaban al aire sus sombreros y burlaban otros; a todos les administraban piedras las indias con diligencia extraña; y eran entonces las seis y media.

Por aquella calle donde yo estaba (y por cuantas otras desembocaban a las plazas sería lo propio) venían atropellándose bandadas de hombres. Traían desnudas sus espadas los españoles y, viendo lo mismo que allí me tenía suspenso, se detenían; pero los negros, los mulatos y todo lo que es plebe gritando: "¡Muera el Virrey y cuantos lo defendieren!", y los indios "¡Mueran los españoles y gachupines (son los venidos de España) que nos comen nuestro maíz!", y exhortándose unos a otros a tener valor, supuesto que ya no había otro Cortés que los sujetase, se arrojaban a la plaza a acom-

pañar a los otros y a tirar piedras. “¡Ea señoras!”, se decían las indias en su lengua unas a otras, “¡vamos con alegría a esta guerra y, como quiera Dios que se acaben con ella los españoles, no importa que muramos sin confesión! ¿No es nuestra esta tierra? Pues ¿qué quieren en ella los españoles?”

Dada la calidad de su descripción, la información presentada, así como lo particular de su interpretación, este texto no puede ser visto como la simple narración de un motín de indios. Se trata indudablemente de una obra que trasciende el nivel informativo para develarnos el entretetejado de mentalidades, grupos e intereses que componían la sociedad novohispana del siglo diecisiete. En él, Sigüenza y Góngora nos hace una escenificación de lo acontecido aquel día en la ciudad de México. Como historiador, también nos da los antecedentes y lo que considera las causas sociales que llevaron finalmente a esa rebelión, de ahí la posibilidad de hacer una lectura antropológica del texto.

En la versión de Sigüenza y Góngora el “alboroto de indios” no puede ser visto como algo aislado, en el mismo texto se encuentran innumerables referencias a la forma en que se fue fraguando la rebelión, además de que también se hace referencia a otros movimientos étnicos ocurridos en la misma época, uno de los que menciona es el de los tarahumaras, otro ocurrió entre los tlaxcaltecas. Al respecto Leonard aclara: “Aunque los tumultos e insurrecciones locales no eran hechos insólitos en la Nueva España, particularmente en el siglo xvii [...] quizá el caso más grave de todos ellos –pues se encuentran pruebas de un plan premeditado por derrocar al gobierno español en la Nueva España– fue el motín de la ciudad de México de 1692” (*ibid.* 122-123). En su interpretación, aunque el descontento era bastante generalizado, los acontecimientos más inmediatos que se dieron en la ciudad de México unos días antes, tales como los “tumultos y apachurramientos” por el deficiente abasto de granos a la ciudad, provocados por los mismos indios y castas, no fueron la causa sino el pretexto buscado para rebelarse.

Un aspecto a destacar es que el texto no se limita a la descripción de la rebelión, también trata del proceso de descomposición del sistema agrohidráulico y de abasto de la ciudad de México que se venía dando de tiempo atrás y que llevó a la crisis momentánea del orden colonial, sostenido en las castas y en los privilegios de los grupos sociales. Quizá

es esta una de las coyunturas más agudas que experimentó la ciudad de México, donde se nos muestra el enfrentamiento de dos visiones del mundo: por un lado, la de los indios, quienes no habían terminado de aceptar el cristianismo y el orden colonial y que al grito de "viva el pulque", reivindicaban no sólo un estilo de vida sino una condición social, la de colonizados y de grupo subordinado; en esto coincidían con las otras castas que conformaban la "plebe". Por otro, la de los criollos y españoles imbuidos del espíritu occidental cristiano, ejemplificada por el mismo autor, quienes tratan de entender y explicarse desde sus propios marcos culturales la conducta "salvaje y bárbara" de los indios de la ciudad de México, a pesar, nos dice Sigüenza, de que "eran los indios de los grupos más beneficiados", incluso con más parroquias que los mismos hispanos

¡Cuántos años no se han pasado, que diligencias no habrán hecho muchos de los Excelentísimos Virreyes de la nueva España en el discurso dello para darle, a correspondencia de su grandeza, a esta Ciudad de México, el número de parroquias que le es debido! Seis son de indios y solas tres las de los españoles, donde, a unos y otros que exceden en número de ciento cuarenta mil si sólo se cuentan los individuos, se les administran con notable trabajo los Sacramentos; ya hoy, a las tres de los españoles, se añadió una, que fue lo mismo que conseguir imposibles (pp. 105).

Tres aspectos nos parecen relevantes en la obra de Sigüenza. El primero tiene que ver con las transformaciones que sufrió la antigua Tenochtitlan en lo que respecta a los sistemas agrohidráulico y de abasto; aquí el desconocimiento y descuido de toda la infraestructura de drenaje de la ciudad por parte de la administración colonial y que llevó finalmente al caos, a la inundación, al aislamiento y al desorden de las redes que abastecían y soportaban la vida misma de la ciudad de México. El segundo se refiere al orden social donde las castas y los barrios aún mantenían un peso definitivo en la ciudad y una idea particular de lo que debería ser el "buen gobierno" de la ciudad. El tercero aborda los aspectos rituales y simbólicos de la cosmovisión indígena prehispánica que reaparecen con una notable fuerza y claridad durante la revuelta. Alain Musset, quien ha hecho una extraordinaria historia del agua en la ciudad de México durante la época colonial, destaca sobre todo el con-

flicto entre las dos civilizaciones, cada una con concepciones, propuestas técnicas y formas de gestión totalmente distintas, dice Musset “En esta región, el agua ha sido lo que se ventila en un enfrentamiento plurisecular entre dos civilizaciones opuestas por entero, la de los españoles y la de los indios. Los unos habían sabido instalar sistemas hidráulicos que permitían la utilización racional del medio ambiente manteniendo el equilibrio de los lagos. Los otros, en lugar de adaptarse a ese medio ambiente que les era extraño, trataron por todos los medios a su alcance de destruirlo” (Musset, 1992:14).

“LLOVER SOBRE LO MOJADO”

Sobre el primero nos dice Sigüenza:

Volvieron las nubes al día siguiente (que fue miércoles y se contaron nueve) a llover sobre lo mojado con tan formidable tempestad de granizo y agua, que en breve rato (dijéronlo los indios que, el abrigo de algunas peñas y cuevas entre muchos que murieron, escaparon vivos), así con el granizo, como con el agua, se cegaron las barrancas generalmente, y aquel cubrió lo restante de la mayor parte del monte en el altor de un estado.

El peso gravísimo de tanta agua, buscando vaso en qué descansar, comenzó luego al instante a precipitarse por las barrancas y arroyos secos y, recogándose en el riachuelo que llaman de Los Remedios sin poder estrecharse a su caja tanta avenida, rebosó espantosamente por todas partes. Llevándose consigo cuanto encontraba, sin privilegiar a las casas de los indios, por ser muy débiles, ni a las de los españoles, que estaban por las lomas y valles, por ser robustas. Ahogáronse entre mucho ganado, veinte y seis personas; arruinóse un batán; perdióse el trigo que estaba en las trojes de los molinos y en cantidad muy considerable; y, siendo todo esto al punto de la media noche y en parte donde no había caído del cielo aquel día ni una gota sola, que era desde la loma donde está la Ermita de Nuestra Señora de los Remedios hasta el pueblecillo de San Esteban y Huertas de San Cosme, confinantes por allí con los arrabales de México, ¿quién duda haber sido la confusión y el espanto mucho mayor que el destrozo y la pérdida, aunque fue tan grande? (pp. 110-111).

[...] instaron ellas [las lluvias] en arruinar a México y, habiendo sido por uno de aquellos medios de que Dios se vale para castigar a los impíos y reducir el camino de la justicia a los que lleva extraviados la iniquidad, yo no dudo que mis pecados y los de todos le motivaron a que, amenazándonos como padre con azote de agua, prosiguiese después el castigo con hambre por nuestra poca enmienda y, si ésta no es absoluta después del fuego en que, en la fuerza de el hambre, se transformó el agua, ¡qué nos espera!

Ya dije arriba a Vmd. Que, aunque a veinte y dos de junio cesó la lluvia, no por eso se vió el cielo en muchos días por las muchas nubes; y añado ahora, el que éstas arrojaban tal vez a la tierra aguaceros recios, y tal vez aguas menudas y con más repetición, neblinas gruesas, pero sin viento alguno (pp. 122).

La visión apocalíptica de Sigüenza era su propia interpretación de los resultados del nuevo orden administrativo introducido por los españoles; no había quien se encargara de mantener en buen estado las obras hidráulicas que hacían posible tener constante el riego de las parcelas y evitar la inundación de las chinampas y de la ciudad de México. Habla de "acequias azolvadas todas", precisamente las que debían de conducir el exceso de agua al lago de Texcoco. De ahí que su descripción de las penurias que pasaban los habitantes de la ciudad de México pueda ser entendida como una de las consecuencias de este nuevo orden,

días y días de lluvia, vuelven a inundar la ciudad al grado de que nadie podía entrar a la ciudad por no estar andables los caminos y las calzadas. Faltó el carbón, la leña, la fruta, las hortalizas, las aves y cuanto se conduce de afuera todos los días, así para sustento de los vecinos que somos muchos como de los animales que no son pocos (p. 113).

Para Sigüenza estaba claro que las causas del "alboroto", habían sido las grandes catástrofes ocurridas apenas un año antes, en 1691. Pero para los indios estaba aún fresco, a nivel de memoria colectiva, el recuerdo de lo que fue el esplendor del valle de México. Apenas había pasado poco más de un siglo que el dominio apoyado en la organización y control hidráulico construido por los mexicas había sido prácticamente destruido.

El primer acto simbólico que marca lo que será el nuevo orden, es sin duda la construcción de la capital novohispana sobre las ruinas humeantes de la antigua Tenochtitlan. A partir de ese acontecimiento se desencadenará una serie de transformaciones en el sistema ecológico del valle de México. Para los mexicas la ubicación de los templos y las ciudades no era fortuita, obedecía a toda una estrategia de control de los recursos acuíferos y de las vías de comunicación que abastecían al valle de México.

El antiguo orden, el de los mexicas, se basaba tanto en la integración funcional en un mismo sistema ecológico de distintos nichos y regiones, así como en el sometimiento de otros grupos étnicos. El hecho es que fundamentado en estos controles había aparecido un poder central de carácter despótico-burocrático que era quien administraba y diseñaba la construcción de grandes obras hidráulicas. Las sierras, los valles y los lagos de la planicie del México central conformaban un sólo sistema ecológico. Las obras incluían la construcción de chinampas, acequias, acueductos, diques, calzadas y canales. El mismo Sigüenza (aunque no los toma muy en serio) habla de dos individuos que refieren la existencia de un sumidero en el medio del lago y que de abrirse podría conducir los excedentes de agua al Lago de Texcoco. Según algunas fuentes que se mencionan en Boehm de Lameiras (1986) este sumidero realmente existió, aunque ninguno de los dos individuos que menciona Sigüenza fue capaz de señalar el lugar exacto donde se encontraba. Sin embargo, lo importante es que a nivel de la memoria colectiva se mantuviera el recuerdo de las grandes obras hidráulicas de la ciudad de México.

Una buena descripción de este sistema, antes de la llegada de los hispanos, nos la da Boehm de Lameiras (1986:354)

Al final las chinampas habían cubierto toda la extensión de aguas dulces. Las laderas estaban terraceadas y las obras se continuaban en los valles circunvecinos a medida que se conquistaban. El aprovechamiento agrícola en la macroregión: cuenca de México y valles circunvecinos nunca había sido ni nunca volvió a ser tan intenso, tan bien organizado y redituable.

Pues bien, todo este sistema se fue desarticulando y transformando durante los años siguientes a la conquista. A tal grado que Sigüenza

menciona que él como ingeniero fue encargado de construir nuevas obras para drenar el agua de la ciudad de México. Así como se trastocó el sistema agrohidráulico también se trastocó el sistema de abasto de la ciudad. El sistema prehispánico preveía este tipo de situaciones que no fueron tomadas en cuenta por el nuevo orden colonial.

“LOS INDIOS GENTE DE LA MÁS INGRATA”

Otro elemento que nos parece significativo destacar es la continuidad como organización social de algunos barrios y pueblos de la antigua Tenochtitlan (Lira, 1983). Esta continuidad de ciertas unidades sociales puede permitirnos explicar, aunque sólo sea parcialmente, ciertos agrupamientos así como la persistencia de los sistemas simbólicos aun dentro de un nuevo orden político. No resulta casual, pues, que entre los principales instigadores a la rebelión, como lo menciona Sigüenza, estuvieran los indígenas de Santiago Tlatelolco. Este pueblo se conservará como unidad corporada hasta el presente siglo gracias a que el mismo sistema colonial les otorgó el atributo de recolectar los impuestos de algunas plazas de mercadeo, con lo cual pudieron seguir costeadando las fiestas de sus santos patronos (Lira, *Ibid*: 23). Como un estamento más, los indios dependían de los atributos que les otorgaba la Corona. Además de los ya mencionados estaba la conservación de los límites territoriales y étnicos así como el control casi exclusivo de la producción y comercialización del maíz. Todos estos elementos aparecerán durante la revuelta, se reivindicará el orden pasado y se reclamarán como los legítimos propietarios de estas tierras.

Los indios que andaban más solícitos en esas pláticas, según se supo después, eran los de Santiago, barrio que es ahora de la ciudad y mitad de ella (con el nombre de Tlatelolco), cuando en tiempo de la gentilidad tenía Señor diverso del de México (entonces Tenochtitlan) que los gobernaba; y si esto es así (como verdaderamente lo es, pues se apellidaban con el nombre de Santiagueños en la fuerza del alboroto), no es esta la vez primera que han intentado destruir a México donde al presente vivimos; pero ojalá, como entonces procedieron contra ellos y contra su Señor Moquiuhix, los

mexicanos, aun siendo bárbaros, se hubiera hecho ahora con unos y otros. Si fueron solos aquéllos los que motivaron con sus pláticas la sedición, no lo sé de cierto, sólo si sé que a ella concurrieron todos los indios plebeyos de México sin excepción alguna, y también sé que, antes que sucediera, allá a sus solas se previnieron (pp. 140).

No es casual, pues, que en todas las rebeliones indígenas de esta época se intente restablecer el antiguo orden y que además siga existiendo la estructura que posibilite la congregación de los indígenas para rebelarse. En muchos casos se trató de comunidades o pueblos organizados alrededor de un culto; el movimiento social se ocultaba detrás del movimiento mesiánico o religioso, pero el caso que nos ocupa, el movimiento, se enmascaró bajo la forma de motín que aglutinó a los otros grupos subordinados.

Pregúntame Vmd. Cómo se portó la plebe en aqueste tiempo y respondo brevemente que bien y mal, bien, porque, siendo plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de la que se reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros, criollos y bozales de diferentes naciones, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declárandose zaramullos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla. Puedo asegurarle a Vmd. Con toda la verdad que comían lo que hallaban sin escandecerse, porque les constaba, por la publicidad con que se ejecutaban, de las muchas y extrañas diligencias que hacía el Señor Virrey para hallar maíz y que hubiese pan (pp. 133).

Los que más instaban en estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa y inquieta que Dios crió, la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinrazones, y las consigue. No quiero proseguir cuanto aquí me dicta el sentimiento, acordándome de lo que vi y de lo que oí la noche del día ocho de junio. Voy adelante. Ellos eran, como he dicho, los de mayores quejas y desvergüenzas, siendo así que nunca experimentaron mejor año que el presente estos de México, y la prueba es clara. Muchísimos españoles, los más de los negros y mulatos libres y los sirvientes de las casas todos comían tortillas, y éstas no las hacían los sirvientes, ni los mulatos, ni los negros, ni los españoles,

ni sus mujeres, porque no las saben hacer, sino las indias que, a montones en la plaza y a bandadas por las calles, las andaban vendiendo continuamente (pp. 137).

Consignas como “¡muera el virrey!”, “¡muieran los españoles!”, “¡muera el corregidor y el mal gobierno!”, nos indican un marcado desprecio por el nuevo orden y quien lo administraba. La contraparte, la que hace referencia al orden anterior se expresa en consignas tales como “¡viva el Santísimo Sacramento!”, “¡viva la Virgen del Rosario!”, “¡viva el rey!”, “¡vivan los santiagueños!”, “¡viva el pulque!”.

Con el propósito de informar a Su Majestad el Rey de España de lo que aconteció por esas fechas en la ciudad de México, Sigüenza nos deja entrever el significado que para los indígenas tenía el “buen gobierno”. Despojados de sus medios de producción y fuertemente dependientes de la producción de alimentos, principalmente granos de otras regiones del país, los indios de la ciudad esperaban del buen gobierno que éste ejerciera como antaño lo hicieron los gobernantes su poder de concentración y su capacidad de redistribución a toda la población sujeta de los bienes necesarios para su reproducción social.

El pretendido restablecimiento del antiguo orden a que han apelado todas las rebeliones indígenas tiene que ver con la permanencia de los contenidos simbólicos de las nuevas imágenes, así como con su concepción cíclica del orden universal, como lo hace notar Florescano (1987:57) “la vigencia de su memoria histórica, la concepción de tener un pasado propio fundado en formas de vida y costumbres autóctonas y el rechazo violento de la invasión española que amenazaba suprimir esas tradiciones”. Según Florescano esta concepción cíclica está directamente relacionada con el mito de la destrucción de los soles en el que la idea esencial es “que el sol no sólo ha creado la vida y el movimiento, sino que ha impuesto un orden fundamental en el devenir cósmico y humano” (*Ibid*: 53). Estos elementos aparecerán una y otra vez en las distintas rebeliones indígenas de la época colonial, como también aparecen en ésta.

De acuerdo a esta cosmogonía, no resulta casual tampoco que se recurra al fuego para destruir los edificios y algunos otros símbolos de la dominación española, como una forma de purificación. En realidad esto era lo que se hacía; cada que terminaba un sol, se destruían todos los

objetos de uso cotidiano y durante la celebración reinaba un gran bulli-
cio y una gran excitación entre la gente para luego pasar a una calma so-
focante en espera del Fuego Nuevo. Algo muy similar es lo que describe
Sigüenza cuando se refiere a la forma en que se dio la rebelión y los dife-
rentes momentos de ésta, tal pareciera que en realidad se esperaba un
nuevo orden, las formas en que la gente se incitaba unos a otros a parti-
cipar que “al fin nada tenían que perder” y sí mucho por recuperar, nos
remite necesariamente a estas descripciones de las ceremonias del Fue-
go Nuevo. Se trata de formas de ritualización y reinterpretación sim-
bólica de las formas de dominio impuestas por la sociedad colonial.

“MUCHÍSIMOS CANTARILLOS Y OLLITAS QUE OLÍAN A PULQUE”

Por otro lado, debemos tener claro que se trató de un momento que ha-
bía sido preparado, donde los participantes se aglutinaban alrededor de
algunos símbolos de identidad, lo que les permitió conformar una orga-
nización política momentánea y de carácter informal que en ese mo-
mento restableció los lazos de solidaridad étnica con un fin común: tras-
tocar el orden establecido por los hispanos. Por consiguiente, ciertas
manifestaciones, como la borrachera colectiva, que Sigüenza describe
con tanto desprecio, se nos muestran como símbolos que los individuos
utilizan para identificarse y mostrar su cohesión social y no como una
manera de bajeza o desintegración social.

Antes de que se diera la rebelión, Sigüenza ya interpretaba ciertos
hallazgos como signos de este descontento, él las llama “cosillas super-
ticiosas”,

[...] Mucho tiempo antes de ir abriendo la acequia nueva, que dije antes, se
sacó, debajo de la puente de Alvarado, infinidad de cosillas supersticiosas.
Halláronse muchísimos cantarillos y ollitas que olían a pulque, y mayor nú-
mero de muñecos o figurillas de barro, y de españoles todas y todas atrave-
sadas con cuchillos y lanzas que formaron del mismo barro, o con señales
de sangre en los cuellos, como degollados (pp. 139).

Lo interesante es que Sigüenza interpreta estas cosas como ejemplo
de manifestaciones del odio que los indios tienen a los españoles. En él

mismo encontramos insinuada la continuidad en el intento de rebelión, lo que aparece de una manera más clara cuando se refiere explícitamente al acrecentamiento en las mismas pulquerías del rumor de la revuelta.

A medida del dinero que les sobraba, se gastaba el pulque, y, al respecto de lo que éste abundaba entonces en la ciudad, se emborrachaban los indios, y sabiendo de sus mujeres el que en la compra del maíz las anteponían aun a españoles, comenzaron a presumir en las pulquerías ser efecto del miedo que les teníamos semejante ocasión: oíanles al mismo tiempo, a los que no eran indios, cláusulas enteras del sermón pasado y, sin que les hiciese fuerza valer el maíz de Celaya cinco pesos y el de Chalco siete, instaban el que tenía alguna inteligencia con aquél el Señor Virrey. Desto que instaban, de aquello que oían y de lo del miedo que presumían y, discurrido todo en las pulquerías donde por condición inicua y contra Dios que se le concedió al asentista no entra en justicia, ¿qué pudo resultar que nos fuese útil? Acudían a ellas como siempre, no sólo indios, sino la más despreciable de nuestra infame plebe y, oyéndoles a aquellos, se determinaba a espantar (como dicen en su lengua) a los españoles, a quemar el Palacio Real y matar, si pudiesen al Señor Virrey y al Corregidor; como con esto no les faltaría a los demás, que asistían a aquellas pláticas y que no eran indios, mucho que robar en aquel conflicto, presumo que se lo aplaudieron (por lo que vimos después) (pp. 138-139).

La idea de rebelarse tenía una larga existencia, la espontaneidad se la dieron las mismas circunstancias como el caos administrativo y el desabasto de la ciudad. Fueron los pueblos y barrios de indios, como formas de organización corporadas, quienes le dieron la cohesión a la rebelión y permitieron vincular antiguas creencias y aspiraciones con nuevas reivindicaciones y demandas. Las condiciones y la organización estaban ya presentes desde antes de que ocurrieran las grandes catástrofes. Sigüenza lo dice "en ningún año les fue mejor", dado que ante la imposibilidad de conseguir otros alimentos, inclusive los españoles tenían que consumir tortillas de maíz y eran precisamente los indios (o las indias) quienes controlaban la producción de tortillas, a ellos se les vendía el maíz que se llevaba a la ciudad y luego ellos a su vez lo revendían en forma de tortillas.

La descripción misma de cómo se arremolinaban las indígenas a comprar el maíz que se traía a la ciudad, el gran barullo que hacían, así como los "empujoncitos" que se daban nos muestra que Sigüenza consideró el detonante de la rebelión como una farsa, creada por el odio y el deseo de venganza. Lo mismo se puede decir de la mujer "malparida" y luego de la "muerta" que toman como prueba de los malos tratos que reciben de parte de los españoles. Dichas así las cosas por un criollo pareciera que su fin es simplemente descalificar el levantamiento de indios. Sin embargo, habría que tener en cuenta que el papel de la mujer en las rebeliones indígenas siempre ha sido fundamental, generalmente han estado en la vanguardia, al frente de los movimientos. Taylor (1979) señala que durante la época colonial fueron siempre las mujeres quienes iniciaban las rebeliones; el hecho, pues, no es casual.

Tampoco es casual la aparición de la borrachera pública y colectiva de los indígenas. Visto como un estigma social, como lo hace Sigüenza, la borrachera también constituye un símbolo de identidad étnica que tanto los indios como los españoles utilizan para demarcar sus fronteras étnicas. Sigüenza lo dice de la siguiente manera "como nunca llegó la borrachera de los indios a mayor exceso (...) no había rincón, muy mal he dicho, no había calles ni plaza pública en toda ella, donde, con descaro y con desvergüenza no se le sacrificasen al demonio muchas más almas con este vicio, que cuerpos se le ofrecieron en sus templos gentílicos en los pasados tiempos" (pp. 171-172). De nuevo Taylor señala que la embriaguez colectiva, a diferencia de la individual, tiene que ver con rituales y valores de la comunidad, es decir ayudó a preservar la cohesión social de los pueblos indios.

La rebelión finalmente termina, según Sigüenza, con el incendio (que podríamos denominar ritual) de edificios y documentos públicos y con el gran saqueo efectuado por los indios, el motín, donde según él los naturales se muestran como lo que son "raza más vil y degenerada". Esta es pues la visión de un criollo sobre la rebelión indígena. Tanto la borrachera como el incendio y el saqueo terminan convirtiéndose en símbolos que le dan unidad e identidad a los indios y a las castas como pueblo colonizado y económicamente subordinado. Por eso también termina convirtiéndose en uno de los pocos momentos en que estos grupos logran conformar una comunidad encabezados por los indios: Las

jerarquías se trastocan y los colonizados (en este caso los indios) logran repositionarse (aunque sea momentáneamente) en el sistema de poder y dominio colonial, vuelven a ser por un día los dueños de esta tierra y de esta manera inscriben su identidad de grupo subordinado en la masa, la "plebe a cual más", formada por las otras castas que será lo que le dará su carácter político a la rebelión.

El levantamiento de 1692 no constituye más que un pequeño ejemplo de las rebeliones indias que se dieron durante la colonia y que se han continuado hasta nuestros días. Contiene los principales elementos de lo que podríamos considerar un movimiento indígena de más amplio alcance: la búsqueda de reacomodo y reconocimiento en el nuevo orden a partir de la demostración de elementos simbólicos propios. Como lo describe Sigüenza y Góngora, esta demostración se realizó de manera violenta y en una coyuntura donde lo que prevalecía a los ojos de los indios no era el "buen gobierno", proveedor sino el mal gobierno que somete y no provee y que además ha provocado todo ese caos. Se trató también de un momento excepcional para demostrar a los españoles su descontento y resentimiento por la destrucción de su antigua ciudad.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BOEHM DE LAMEIRAS, Brigitte, *Formación del estado en el México prehispánico*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.
- FLORESCANO, Enrique, *Memoria mexicana*, México, Joaquín Mortiz, 1987.
- LEONARD, Irving, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVI*, México, FCE, 1984.
- LIRA, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México*, Zamora, El Colegio de México-El Colegio de Michoacán, 1983.
- MUSSET, Alain, *El agua del valle de México. Siglos XVI a XVIII*, México, Pórtico de la ciudad de México-CMCA, 1992.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, "Alboroto y motín en México del 8 de junio de 1692", en *Relaciones históricas*, México, UNAM, 1972.
- TAYLOR, William B., *Drinking, homicide and rebellion in colonial mexican villages*, Stanford University Press, California, 1979.